

PALABRAS LIMINARES

ELOGIO A LA LECTURA

Por lo general, los ensayos literarios tienen fuentes que brotan de dos corrientes: una pública, que transcurre en superficies visibles y establece desde su inicio diálogos con otros ensayos —allí se aumenta el caudal, se proponen otros cursos o se hacen diques—; y otra que tiene su génesis en un destello de la vida personal, algo: un sueño, un rito familiar, una observación de la calle.

Esta última rescata de la noria de los días lo que esconde la sombra de los hábitos, ese machacar sin sorpresas entre el aburrimiento y una apariencia de seguridad que estos ofrecen por ausencia de lo inesperado.

Así, un buen día, Patricia Trujillo recorrió uno de los senderos que ronda la vida vivida. Allí apareció, en el álbum de casa, una fotografía de su padre con la hermana mayor inclinados sobre un libro. Cuando indagó en la historia de la familia, su madre le confió que el padre enseñó a leer a su hermana.

Tuvo entonces dos sorpresas que se volvieron preguntas: ¿cómo su papá, sin ser profesor, había enseñado a leer? y ¿por qué su hermana aprendió tan rápido en un libro que no mostraba imágenes?

Este tierno misterio la condujo a querer pertenecer a ese mundo de enigmas que se le ofrecía.

¿Qué tanto escondería ese tiempo que Proust llamó *perdido*?

Es probable que lo llamara *perdido* por corresponder al rostro ausente, de huellas desconocidas que se acumulan sin desván en un tiempo sin límites.

Ahora, la magdalena de don Marcel no entrega la llave pero sí abre senderos, vías de rescate de algo que es la vida, su transcurrir y, en últimas, su sentido (si lo tiene).

Lo que atrapa en este ensayo de espléndida factura literaria es distinto, es el interés y la curiosidad sobre el mundo de la lectura y la manera de resolverla.

El viaje de la autora desde el sillón del padre a tantos otros sillones y sillas, van mostrándole a Patricia que la lectura dejó de ser una apropiación ilustrada de clérigos y santos, de poetas y escribanos, para permitir observar otros sentidos. Como si el libro dejara de ser la identificación o el ornamento de un oficio.

Esa fotografía de familia quizás constituye el acto preparatorio de una poderosa intuición: la lectura tiene momentos, es un instante de lo cotidiano y la hacen seres comunes, sin aureolas, sin templo ni castillo y, en ocasiones, leen en su casa. Por cierto, las imágenes con las cuales Trujillo mantiene la lealtad a su primera visión de la fotografía son pinturas habitadas por mujeres. La de Macke, la de la modelo de Renoir donde ni siquiera la sensualidad de la espalda y los pies descalzos distraen de su concentración, la amorosidad de Josefina leyendo, la sonrisa que ilumina a la madre de Rembrandt.

Después, en un ambicioso recuento, el texto de Patricia Trujillo se enriquece para dar cuenta del desentrañamiento de la lectura en autores como Virginia Woolf y James Joyce, y aun en nuestro don Quijote de la Mancha.

En pocas ocasiones se tiene la oportunidad, el provecho y el gozo de leer un texto tan rico, imaginativo, que sin dar lecciones ponga de presente a la lectura como una necesidad de la vida.

ROBERTO BURGOS CANTOR